



LOS CINCO HIJOS DE UN PARTO.

VERDADERA Y ESTRANA RELACION DEL MARAVILLOSO parto de cinco hijos varones, que ha dado á luz una mujer llamada *Marta Gutierrez*, natural del pueblo de *Jalapa*, casada con *Isidro Lopez*. Declárase la señal con que nació cada uno. El primero, con una espiga de trigo en la mano: el segundo, con otra de cebada: el tercero, con dos espadas en cruz sobre el vientre: el cuarto, con un racimo de uvas en la mano derecha; y el quinto con una vara tambien en la mano derecha.

Por los ámbitos del mundo
resuene en acentos claros
la más extraña noticia,
el más admirable caso
que se ha visto ni se ha oído,
imprentas estamparon.

Atencion encargo á todos,
mientras al Rey Soberano
de cielo y tierra le pido
me dé su auxilio y su amparo,
para que pueda mi pluma
ir dirigiendo estos rasgos.

En un pueblo que se halla
en el reino valenciano,
que el nombre suyo es Jalapa,
allí nació un hombre honrado,
llamado Isidro Lopez
y con quien está casado
es con María Gutierrez.
Queríanse como amados,
y del feliz matrimonio
les dió el cielo soberano,
al cabo de nueve meses,
en el día señalado,
aunque con muchas fatigas,
dolores, ansias, trabajos,
cinco hijos de un solo vientre,
¡qué fenómeno tan raro!
pues lo más extraño es, que
cada uno va señalado
con una señal distinta;
las cuales iré explicando.
El primero que nació,
asida en su diestra mano
sacó una espiga de trigo.
El segundo en igual caso,
sacó como el anterior,
según se ha manifestado,
una espiga de cebada;
todos se maravillaron.
Nació el tercero, y fué más
el asombro que ha causado,
porque este con dos espadas
en su vientre amenazando,
ambas formando una cruz.
Después de este nació el cuarto,
con un racimo de uvas
puesto en la derecha mano.
Y el quinto, con una vara
sobre el muslo (raro caso)
á modo de una escopeta.
Los circustantes, pasmados
al mirar tales señales,
se quedaron asombrados.
¡Qué dolor, qué sentimiento,
los pobres padres pasaron,
viendo á estos cinco varones
de esta suerte señalados!
Alborotóse el lugar;
todos atemorizados,
andaban de Dios temiendo
(según por lo que han mirado)

un riguroso castigo,
y así se fué divulgando
Llegó á Valencia la nueva,
y al momento ha publicado
una orden el gobierno
discreto, prudente y sábio,
mandando llamar al punto
los hombres más literatos
que hubiese en todo el reino.
Vinieron los magistrados,
y por mas que discurrieron,
ni en libros que registraron,
averiguar no pudieron
señales de tanto pasmo,
extrañas y nunca vistas,
que pudiesen ser. Y es claro
que á Valencia se volvieron,
y el general informado,
pasó con su comitiva
á Jalapa; y admirado,
con diez mil duros de plata
los niños dejó premiados.
Se despidió el general
del caso maravillado,
no de la monstruosidad
de cinco hijos de un parto,
sí de las cinco señales,
por lo que están denotando.
Porque en este mundo ha habido,
según cuenta Alberto-Magno,
Andreas el Evorense,
Glesiardino, Guerra y cuantos
autores clásicos trae
el Ente dilucidado,
como Plinio y Nieremberg
refieren en un tratado,
de una mujer que parió
de una vez ó solo parto,
diferentes criaturas;
pero en esto no me paro,
pues por no ser de mi asunto
mas de lo que me han mandado
no quiero estender mi pluma
sobre monstruosos partos:
solo diré que lo trae
el Ente dilucidado,
quien afirma por muy cierto
este monstruoso parto,
y como de sus resultas
fallecieron de contado

la madre y las criaturas,
sin valer poder humano.
Y así, todos muy rendidos
misericordia pidamos,
porque así del Sér Supremo
los rigores aplacamos.
Confúndase la heregía,
la ley del Crucificado
reíne en nuestros corazones
á pesar de alucinados.
Logre la Iglesia romana
sus piadosos fines santos.

Y nuestra augusta monarquía
con los príncipes cristianos,
conserven paz y concordia
en sus felices reinados,
para que al fin de sus días
con sus súbditos amados,
en la patria celestial
se coronen de mil lauros,
y todos eternamente
alabemos y bendigamos
á la augusta Trinidad,
con el Santo, Santo, Santo.

LAMENTOS FUNEBRES

del tierno esposo á la inesperada muerte de su amada consorte

¡Oh musa! (si acaso
la hay tan infeliz,
que esté destinada
para presidir
el llanto y gemido)
ven luego á influir
el tono más triste
que se pueda oír.

Desde estos mis brazos
en que yo la ví
en días alegres
mirar y reír,
la muerte alevosa
con sorpresa vil,
cortó de su vida
el hilo sutil.

Los labios, muriendo,
procuraba abrir,
para despedirse
sin duda de mí;

pero se secaron
sin poder servir,
cual rosa que muere
pasado su abril.

Lo que no pudieron
sus labios decir,
quisieron sus ojos
volviéndose á mí;
mas en aquel punto
cerrarse los ví,
y yo solo pude
un ¡adios! decir

Sus ojos brillantes
eclipsarse ví,
su risa hechicera,
su talle gentil,
de un fuerte desmayo
todo lo perdí,
al ver que mi esposa
quedó yerta allí.

¡Oh esposa amada!
bello serafín,
la más fiel consorte
de cuantas yo ví,
mi fuerte delirio
me acabará, sí,
repetiendo siempre
mil ayes por tí.

Eterna memoria
me fijó aquel sí,
que á tu fiel cariño
dictó amor sutil,
en quien mi esperanza
puso su vivir;
¡resto desgraciado
de amor infeliz!

Si la fiera parca
frustró el porvenir,
que yo con mi amada
queria seguir;
gustoso á su lado
tengo de morir,
pues sin su cariño
no podré vivir.

Yo no sé qué hacerme;
ni qué discurrir;
pues bien claro veo
la desgracia en mí:

¡funesto hado mio,
atroz é infeliz!
en vano pretendo
sin mi amor vivir.

De mis dulces prendas
la sombra sutil,
podré con mis brazos....
¡mas necio de mí!
sus sombras queria
con el brazo asir,
cual si fueran cuerpos:
¡ay qué frenesí!

De su fria tumba
oigo ya salir
una voz que dice:
Ven, esposo, aquí,
tus hijos te llaman,
no temas morir,
que del hado impío
la víctima fui.

Ya voy, mi querida,
voy á unirme á tí,
pues sin tí no quiero
tan triste vivir:
quiera el cielo santo
á todos unir,
logrando con esto
mis votos cumplir.

FIN.

MADRID.

Despacho de Marés y Compañía, Juanelo, 19.